

EL ESPÍRITU SANTO EN LA VIDA DE LA IGLESIA SEGÚN SANTO TOMÁS DE AQUINO

LEO ELDERS

Las obras del Doctor angélico son de una riqueza insospechada con respecto a la teología del Espíritu Santo. De conformidad con el tema del Simposio de este año me propongo tratar en esta comunicación de la operación divina en la vida espiritual y en el apostolado de los cristianos, atribuida por apropiación a la tercera Persona de la santísima Trinidad. Estudiaremos sucesivamente la doctrina de Tomás en (a) la *Suma contra los Gentiles*, (b) los *Comentarios bíblicos* y (c) en la *Suma de teología*.

I

Se sabe que la SCG ha sido concebida como una ayuda en la disputa con no creyentes y personas que acusan a la fe cristiana de enseñar doctrinas imposibles y contradictorias. Ahora bien, los elementos bíblicos, con los cuales se construye una teología del Espíritu Santo, son poco numerosos y dispersos en muchos textos. En SCG IV, c. 15 ss. el Aquinate propone una síntesis importante, mostrando que el Espíritu Santo es una persona divina, igual en dignidad al Padre y al Hijo. Luego explica el porqué de la procesión de una tercera persona en Dios: el objeto del amor está presente no solamente en el intelecto del amante, sino también en su voluntad como el término del acto de amor (por la razón que el amante tiene una cierta adaptación o proporción a la persona querida). Si en Dios hay una procesión según el amor, será en cuanto el amado existe en el amante, pero no a la manera de una generación.

Omitiendo los detalles de esta quasi-explicación del misterio trinitario, pasamos a los capítulos 20 a 23, que tratan de los efectos de la divina acción en las criaturas que la Biblia atribuye al Espíritu Santo. En primer lugar santo Tomás considera los efectos con respecto a todas las criaturas, para examinar luego los efectos en las

criaturas racionales y la manera en que el Espíritu Santo mueve a las criaturas para que lleguen a Dios. Es una maravilla ver como Tomás sabe introducir un orden coherente en los textos de la Biblia respecto al Espíritu Santo.

Su bondad es la razón por la que Dios ha hecho las cosas. Por eso el amor con el cual Dios ama su propia bondad es la causa de la creación. Así el Espíritu Santo es el principio de la creación; la acción divina con respecto a las cosas es atribuida propiamente al Espíritu Santo. Lo mismo vale en cuanto al gobierno del mundo y a los procesos vitales de los seres vivientes.

En el cap. 21 son considerados los efectos de Dios en el hombre: es muy significativo que el primer efecto mencionado por Tomás es la asimilación a Dios por el amor, un efecto que es atribuido al Espíritu Santo en *Rom. 5, 5*, un texto citado 44 veces por el Aquinate. El amor sobrenatural con el que amamos a Dios, representa al Espíritu Santo, como la Palabra de sabiduría por la que conocemos a Dios, representa propiamente al Hijo. Sin embargo, para que haya un efecto en el hombre, Dios debe mantenerlo en su ser. El agente y lo que produce deben ser simultáneos: por consiguiente, si hay amor sobrenatural, Dios mismo debe estar presente: así Dios está en nosotros en tanto que poseemos la caridad. Pues bien, la persona amada está en el amante; así Dios hace su morada en nosotros. Es propio de la amistad que uno revele sus secretos al amigo: la amistad une a las personas, de modo que dos amigos hacen como una persona. Por eso lo que uno dice a un amigo no parece salir fuera de su propio corazón. Así Cristo dijo a los apóstoles que ya no les llamaba sus siervos, porque les había dicho todo lo que había oído de su Padre. Por esta razón se atribuye al Espíritu Santo la revelación de los secretos de Dios: «Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman... Pues Dios nos lo ha revelado porque su Espíritu todo lo escudriña, hasta las profundidades de Dios» (*1 Cor. 2, 9-10*). El hombre habla según lo que sabe; así la Biblia dice convenientemente que el hombre habla de los misterios de Dios por el Espíritu Santo, como lo dice *Mateo 10, 20*: «No seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros».

La amistad entre amigos exige no solamente que uno revele a otros sus secretos en razón de la unidad de sus sentimientos, sino también que comparta sus bienes con ellos; es característico de la amistad querer el bien de los amigos. Es la razón por la que la Sagrada Biblia atribuye todos los dones que recibimos de Dios al

Espíritu Santo: «Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu que distribuye a cada uno según lo que quiere» (1 Cor. 12, 11).

En la sección siguiente Tomás añade que el hombre, para llegar a la beatitud propia de Dios, debe (a) ser asimilado a Dios por las perfecciones espirituales; (b) actuar según las mismas; (c) llegar finalmente a esta beatitud. Porque los dones espirituales nos son dados por el Espíritu Santo, somos asimilados a Dios por Él; es Él también quien nos hace capaces de obrar el bien, y quien nos prepara el camino hacia la beatitud. Tomás lo lee en 2 Cor. 1, 21-22: «Es Dios quien a nosotros y a vosotros nos confirma en Cristo, nos ha ungido, nos ha sellado y ha depositado las arras del Espíritu en nuestros corazones». «Sellar» significa la configuración con Cristo, «ungir» significa hacer capaces de una vida sobrenatural y «arras» se refiere a la esperanza de la heredad celestial.

Por la benevolencia que uno siente para otra persona sucede que la adopta como su propio hijo. Así nuestra adopción como hijos de Dios es atribuida al Espíritu Santo: «Los que son movidos por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Que no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción por el que clamamos: Abba, Padre» (Rom. 8, 15).

Además, por haber sido hecho uno el amigo de alguien, todas las ofensas le son perdonadas: «El amor encubre las faltas» (Prov. 10, 12). Por eso Cristo dijo a los apóstoles: «Recibid el Espíritu Santo; a quien perdonáreis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviéreis, les serán retenidos» (Juan 20, 22-23). Opuestamente, los que blasfeman contra el Espíritu Santo, no recibirán perdón, porque no tienen las disposiciones necesarias para obtenerlo. Por consiguiente la Sagrada Biblia atribuye también al Espíritu Santo la acción divina que nos renueva, nos limpia o lava.

En el capítulo XXI el Aquinate trata de los efectos que en la Biblia son atribuidos al Espíritu Santo. Añade un nuevo capítulo (el XXII) concerniente a los efectos atribuidos al Espíritu Santo en cuanto mueve a las criaturas para que lleguen a Dios. En cinco puntos sucesivos examina los textos bíblicos respectivos.

Lo que parece ser más propio de la amistad es convivir con y hacer compañía al amigo. Ahora bien, el hombre tiene compañía de Dios por la contemplación. Es el Espíritu Santo quien nos da el amor; por eso es El quien nos hace contemplar a Dios, como lo escribe Pablo: «Todos nosotros, a cara descubierta, contemplamos la gloria del Señor como en un espejo y nos transformamos en la

misma imagen, de gloria en gloria, a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor» (2 Cor. 3, 18).

Igualmente es una propiedad de la amistad que uno se goce de la presencia de su amigo y tiene interés en lo que el amigo dice y hace. Cuando estamos tristes, buscamos la compañía de nuestros amigos para consolarnos. El Espíritu Santo nos hace amigos de Dios; Él hace que estemos en Él y Él mismo en nosotros. Por consiguiente, por Él nos regocijamos de Dios y recibimos consuelo en las dificultades de la vida presente. El Espíritu Santo es nuestro Paráclito y Consolador (*Juan* 14, 26). «El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo» (*Rom.* 14, 17). Se lee en *Hechos* 9, 31 que la Iglesia gozaba de paz y del consuelo del Espíritu Santo.

A causa de la amistad uno consiente y da a su amigo lo que desea. Pues bien, la voluntad de Dios nos es manifestada por los mandamientos. Desde luego pertenece al amor con que amamos a Dios, que cumplamos con sus mandamientos. Porque el Espíritu Santo nos da el amor, es también por Él que observamos los mandamientos, como lo escribe Pablo: «Los que son movidos por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios» (*Rom.* 8, 14). Además hay que tener presente que el Espíritu Santo mueve a los hijos de Dios ya no como a siervos, sino como a personas libres. Uno hace libremente lo que quiere hacer él mismo. Lo que se hace contrariamente a lo que uno desea, es más bien hecho servilmente. Ahora bien, el Espíritu Santo nos impele en tal modo a actuar que nos hace obrar con libertad y con amor. Por eso San Pablo escribe: «Que no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción» (*Rom.* 8, 15).

Tomás añade que la voluntad es ordenada a lo que es un bien verdadero pero que ocurre que, sea por pasión sea por mala disposición, se desvía del bien verdadero. Sin embargo, si la voluntad, aunque no se deja llevar por un bien aparente, elige el bien verdadero por temor, actúa servilmente. El Espíritu Santo da a la voluntad una inclinación al bien verdadero, al cual ella es ordenada por su naturaleza. Así dejamos atrás la servidumbre. San Pablo dice: «Donde está el Espíritu del Señor, está la libertad» (2 Cor. 3, 17) y «Si os guiáis por el Espíritu, no estáis bajo la Ley» (*Gal.* 5, 18); «Si con el Espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis» (*Rom.* 8, 13).

En estos dos capítulos de la *Suma contra los gentiles* el Doctor angélico ha logrado ordenar con coherencia los dichos bíblicos dispersos sobre el Espíritu Santo en una síntesis llena de luz.

II

En sus comentarios sobre varias obras del *Nuevo Testamento* y los *Salmos* santo Tomás menciona frecuentemente la inhabitación del Espíritu Santo y los dones que El nos trae. He aquí los textos más importantes para nuestro propósito.

El nombre Espíritu significa una cierta fuerza vital y cognoscitiva así como motora ¹. Más en particular, el término significa el amor y por lo tanto se emplea para indicar la tercera persona divina, que procede del Padre y del Hijo a la manera del amor ². El Espíritu Santo es mencionado muy frecuentemente en el NT, pero ocurre que en algunas fórmulas el Padre y el Hijo se mencionan solos. La razón es que el Espíritu, como conexión del Padre y del Hijo, es sobreentendido o es indicado por términos como «don» o «gracia» ³. La misión del Hijo es la de conducirnos al Padre, y la del Espíritu Santo la de conducirnos al Hijo y hacernos comprender lo que Éste nos enseña ⁴. En efecto, ya que el Espíritu Santo procede de la Verdad, nos conduce a la Verdad ⁵. Es el principio dinámico que realiza nuestro regreso a Dios, como era también la fuerza animadora en la obra de la creación. Cristo nos ha revelado la Persona del Espíritu Santo para hacernos comprender que Dios ha creado el mundo por el amor de su bondad y para hacernos ver que la obra de la reconciliación se concluye por el don del Espíritu ⁶. Según el NT es el Espíritu Santo quien nos confiere los dones de la vida sobrenatural. En cuanto a esta apropiación, por la cual una acción común a las tres Personas se atribuye a una sola, santo Tomás observa que una atribución puede ser doble, es decir esencial y

1. *In 1 Cor.*, c. 2, lección 3, n. 106: «Nomine autem spiritus vis quaedam vitalis et cognitiva et motiva intelligitur». Cf. I 36, 1: «...impulsionem quamdam et motionem significat».

2. *In 2 Tim.*, c. 1, l. 3, n. 14: «Spiritus enim significat amorem». Cf. I 36, 1 ad 1.

3. *In 1 Cor.* c. 1, l. 1, n. 10.

4. *In Ev. Ioan.* c. 14, l. 6, n. 1958; c. 16, l. 1, n. 2107.

5. *In Ev. Ioan.*, c. 14, l. 4. Véase *In 1 Cor.* c. 2, l. 2, nn. 100-107 (el Espíritu Santo ilumina a los apóstoles pero también a los que les oyen (n. 109)). «Spiritualis diiudicat omnia» porque sabe evaluar correctamente lo que se refiere a la salvación eterna.

6. I 32, 1 ad 3.

causal. El poder, la sabiduría y el amor son apropiados esencialmente o principalmente y en este orden respectivamente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, porque Ellos son el Principio, el Verbo y la Bondad. De este modo todos los dones que Dios nos hace, se atribuyen al Espíritu Santo. Sin embargo, con respecto a las causas de los dones, el perdón de los pecados y la reconciliación se atribuyen al Hijo, mientras que el Espíritu Santo es considerado el agente que distribuye las gracias ⁷.

El don del Espíritu Santo es dependiente de la reconciliación efectuada por la cruz y la resurrección de Cristo. Cuando el Espíritu Santo fue dado antes de haberse acabado la redención, lo fue en vista del misterio de Cristo y fue dado menos abundantemente que en la Nueva Alianza ⁸. Jesús ha querido llegar a su glorificación antes de darnos el Espíritu Santo, porque Éste nos es dado para apartarnos del amor de este mundo y llevar nuestros corazones hacia la resurrección espiritual, para que corramos hacia Dios sin ser impedidos ⁹.

Según Tomás el momento central de la misión del Espíritu Santo es de configurarnos al Hijo ¹⁰. Comentando el versículo «los que son movidos por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios» (*Rom.* 8, 14), Tomás nota que nuestra filiación de adopción persigue hacernos conformes a la imagen del Hijo ¹¹. En este contexto cita *1 Juan* 3, 9 («Quien ha nacido de Dios no peca, porque la simiente de Dios está en él») y observa que esta simiente es el Espíritu Santo: por esta simiente ciertas personas llegan a ser hijos de Dios ¹².

Ser movidos o animados por alguien significa que uno es movido por una animación superior a su propia fuerza («quodam superiori instinctu»). El hombre espiritual es movido no tanto por su propia voluntad cuanto por la impulsión interior del Espíritu Santo que le impele a hacer una cierta cosa. Esto no excluye que el hombre lo haga por propia voluntad porque es el Espíritu Santo mismo quien produce en él los movimientos de su voluntad y sus decisiones libres ¹³.

7. *In 2 Cor.*, c. 13, l. 3, n. 544.

8. *In Rom.*, c. 1, l. 3, n. 58; *In Ev. Ioan.*, c. 7, l. 5, n. 1093.

9. *In Ev. Ioan.*, c. 7, l. 5, n. 1095.

10. *Ibid.*, c. 14, l. 6, n. 1957.

11. *In Rom.*, c. 8, l. 6, n. 704. Véase c. 1, l. 3, n. 48.

12. *In Rom.*, c. 8, l. 3, n. 636.

13. *Ibid.*, n. 635.

Repetidas veces Tomás pone de relieve el paralelismo entre la función del alma en el organismo y la misión del Espíritu Santo en la vida subnatural. Escribe que todos los movimientos en el plano de la vida de gracia proceden del Espíritu Santo ¹⁴. Siendo el alma de nuestra vida sobrenatural, el Espíritu Santo es también el Paráclito. Interviene en nuestro favor delante del Padre; nos hace rezar y es nuestro consuelo, porque es formalmente el amor ¹⁵.

La santificación de los hombres es otro aspecto de la misión del Espíritu Santo: esta santificación se realiza por la caridad, y así es obra del Espíritu Santo ¹⁶. En resumen, se debe decir que el Espíritu Santo es el Paráclito porque nos consuela en las dificultades cotidianas, nos hace trascender las vicisitudes de esta vida en que nos da el amor a Dios; mueve nuestros corazones para que obedezcan a Dios al que nos consagra ¹⁷.

El don del Espíritu Santo es igualmente su inhabitación en nuestras almas. El Doctor angélico evoca la presencia de Dios en todas las criaturas («per essentiam, per potentiam, per praesentiam») para poner de relieve que la inhabitación de Dios por la gracia quiere decir que Dios se da en una manera nueva, es decir de tal modo que puede ser conocido y amado ¹⁸. Lo que es central con respecto a la inhabitación de Dios es el don de la caridad. Tomás explica el texto «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (*Rom.* 5, 5), escribiendo que «amor» puede significar dos cosas aquí: el amor con el cual Dios nos ama, y nuestro amor a Dios. Este doble amor es derramado en nosotros por el Espíritu Santo; el amor hace perfectas todas nuestras acciones ¹⁹. Por el Espíritu Santo, que es el amor del Padre y del Hijo, nos llenamos de amor de Dios. El hecho de que amemos a Dios es un signo de que Él nos ama ²⁰. Los efectos del amor se manifiestan no solamente en la vida interior sino también en nuestros actos exteriores, por ejemplo en la pureza, la ciencia, la benignidad, la verdad sin ficción ²¹.

14. *In Gal.*, c. 5, l. 7, n. 340. Véase *In 1 Cor.* c. 12, l. 3, n. 734.

15. *In Ev. Ioan.*, c. 14, l. 4, n. 1912.

16. *In Rom.*, c. 15, l. 2, n. 1167.

17. *In Ev. Ioan.*, c. 14, l. 6, n. 1955.

18. *In 1 Cor.*, c. 3, l. 3, n. 172-175.

19. *In Rom.*, c. 5, l. 1. n. 392.

20. *Ibidem.*

21. *In 2 Cor.*, c. 6, l. 2, n. 220.

Uno de los efectos más notables de esta animación y inhabitación por el Espíritu Santo es el impulso que nos hace rezar²². Llevados de amor decimos «Abba» (Padre). El Espíritu Santo nos da este amor²³. Tomás explica el versículo de *Rom.* 8, 26 «el mismo Espíritu aboga por nosotros con gemidos inefables» en el sentido que el Espíritu Santo produce en nosotros el deseo de las cosas celestiales²⁴. El don del Espíritu Santo es para siempre porque Él nos es dado para quedarse con nosotros²⁵. Su presencia va intensificándose: si observamos los mandamientos de Cristo, nos preparamos a recibir al Espíritu Santo en una plenitud todavía más grande²⁶.

Él procura también dones especiales a la Iglesia. En un cuerpo vivo no hay ni un solo miembro que no participe, de una u otra manera, de los movimientos o de las sensaciones que se originan en el cerebro. De la misma manera no hay nadie en la Iglesia que no participe de uno u otro don del Espíritu Santo. Los dones especiales son otorgados en vista del bien de la Iglesia²⁷. Al principio de la Iglesia fueron más necesarios estos dones que ahora. Por eso no los hay ya: desde entonces la Iglesia universal habla el lenguaje de todos los pueblos porque por el don del Espíritu que es la caridad, los cristianos poseen todo en común y cualquier creyente habla con cualquier otro («quemlibet cuilibet loqui»)²⁸.

En cuanto a las disposiciones para recibir al Espíritu, Santo Tomás nota que Jesús hubiera podido darlo a sus discípulos antes de salir de este mundo, pero que Él no ha querido hacerlo por cuatro razones: (a) ellos todavía no poseían las condiciones necesarias para recibir el amor espiritual («... quodam carnali amore afficiebantur ad Christi humanitatem, necdum elevati erant spirituali amore ad eius divinitatem»). Esto significa que los cristianos no pueden pasar a una vida bajo la dirección del Espíritu Santo sino después de una purificación; (b) Dios nos ofrece su ayuda sobre todo cuando nos encontramos en un estado penoso y con dificultades; este todavía no era el caso de los discípulos durante la vida de Jesús; (c) no convenía que Cristo les diera el Espíritu Santo antes

22. *In Ev. Ioan.*, c. 14, l. 2, n. 1912.

23. *In Rom.*, c. 8, l. 3, n. 644. Es igualmente el Espíritu Santo que nos hace decir «Jesús es el Señor»; es Él quien nos conduce a la fe y hace que obedezcamos a Jesús (*In 1 Cor.*, c. 12, l. 1, n. 718).

24. *In Rom.*, c. 8, l. 5, n. 693.

25. *In Ev. Ioan.*, c. 14, l. 4, 1914.

26. *Ibidem*, n. 1909.

27. *In 1 Cor.*, c. 12, l. 2, n. 725.

28. *In Ev. Ioan.*, c. 7, l. 5, n. 1094.

de su muerte para no dar la impresión de que el hombre puede darlo; (d) para que fuese más evidente que los apóstoles reciben al Espíritu Santo por Cristo y en vista de Cristo ²⁹.

Nos queda tratar el tema del Espíritu Santo y la Nueva Ley en los Comentarios bíblicos de Tomás. El Doctor angélico describe con todo pormenor los defectos de la Ley Antigua: ésta casi no contiene instrucción sobre los bienes espirituales, y concierne a lo que hay que hacer. Tomás la contrapone a la fe ³⁰; la Ley tenía sus límites. La razón más profunda por la cual era preciso que el régimen de la Ley Antigua se terminara es ésta: no somos justificados por lo que hacemos nosotros sino por la gracia; los preceptos ceremoniales de la Ley no procuran la gracia ³¹. Esto explica que san Pablo pueda incluso hablar de una maldición de la Ley que prescribe hacer el bien sin dar la fuerza necesaria para hacerlo ³². De hecho, la Ley tiene en vista la conducta exterior, mientras que la verdadera perfección del hombre consiste en los actos interiores, a saber en el amor y las virtudes ³³.

Todo esto hace necesario substituir la Ley por otro régimen que procure al hombre perfeccionarse según su naturaleza, le dé los medios de vivir según la voluntad de Dios e instituya para él un régimen de libertad.

Ahora bien este régimen nuevo es ante todo un principio de vida interior, puesto que la verdadera perfección del hombre consiste en los actos inmanentes de su intelecto y voluntad. Esta vida nueva es la comunidad con Dios: Dios se da a quienes aceptan el Evangelio. Es el régimen del Espíritu Santo que da la vida sobrenatural. Tomás cita una frase de San Agustín: «Quae sunt leges Dei ab ipso Deo scriptae in cordibus fidelium nisi ipsa praesentia Spiritus sancti?» ³⁴.

Este régimen es un régimen de libertad: nos procura una verdadera ciencia, mientras que la Ley no daba más que un conocimiento velado cuyo efecto era el temor. El nuevo régimen, al contrario, hace de nosotros hijos de Dios y coherederos con Cristo. Ya no

29. *In Ev. Ioan.*, c. 16, l. 2, n. 2088.

30. *In Gal.*, c. 3, l. 4, n. 144-145.

31. *In Gal.*, c. 2, l. 4, n. 103.

32. *In Gal.*, c. 3, l. 3, n. 138.

33. *In Rom.*, c. 5, l. 6, n. 457.

34. S. Agustín, *De spiritu et litt.*, c. 21. Cf. *In Rom.*, c. 3, l. 4, n. 316; I-II 106, 1.

somos siervos sino libres³⁵. El régimen de la fe es realmente vivir en libertad («Status fidei est ipsa libertas») ³⁶. Uno podría objetar: ¿Cómo podemos vivir en libertad, cuando hay que obedecer a Dios y servir a los hermanos? Santo Tomás contesta subrayando a tal punto la libertad que nos procura la Ley Nueva que entiende *Romanos* 5, 14 («non enim sub lege estis sed sub gratia») en este sentido: que los cristianos ya no viven bajo el régimen de la Ley, no solamente respecto a los preceptos del culto, sino también con relación a los mandamientos morales. Es decir, que la gracia que les ha sido ofrecida permite conformarse con toda libertad a la Ley ³⁷. Efectivamente, ser libre quiere decir ser maestro de sí mismo. Lo somos cuando eligimos el bien porque es el bien y evitamos el mal porque es mal. Los bautizados pueden vivir de esta manera porque han recibido el don del Espíritu que les da las virtudes. Por consiguiente, no están sometidos a la Ley, sino son movidos por hábitos interiores a hacer el bien ³⁸.

Desde luego «ser libre» no significa que uno no tiene obligación de cumplir con los preceptos de la ley divina: incluido los ángeles deben someterse a la voluntad de Dios ³⁹. «Ser libre» quiere decir que uno tiene un factor, un principio interior que le impele a hacer el bien: «Donde está el Espíritu del Señor, está la libertad» (*2 Cor.* 3, 17).

Acabamos de ver que el estado de la gracia es el estado de libertad. El modo de vivir en la fe y en la gracia es la vida en amor ⁴⁰. El amor tiene su propio impulso y actúa por sí mismo («operatur per se»). Esto explica que actúa en toda libertad ⁴¹. Ahora bien, el Espíritu Santo es el alma de este amor. En la primera parte de esta comunicación hemos insistido sobre el papel central del amor que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que es el alma de la vida nueva. Nos hace vivir en una comunidad con Dios y decir «Abba» ⁴². Somos ahora coherederos de Cristo y miembros de su cuerpo místico; la vida según el Espíritu es opuesta a la vida según la carne ⁴³.

35. *In Gal.*, c. 4, l. 8, n. 206.

36. *In Gal.*, c. 5, l. 3, n. 299.

37. *In Rom.*, c. 5, l. 3, n. 299.

38. *In 2 Cor.*, c. 3, l. 3, n. 112.

39. *Ibidem*, n. 111.

40. *In Gal.*, c. 5, l. 3, n. 301.

41. *Ibidem*, n. 302.

42. *In Rom.*, c. 8, l. 3, n. 645.

43. *In Rom.*, c. 8, l. 3, n. 645-647.

En su *Comentario* sobre *Romanos* 8, 10-25 Tomás explica con más detalle en qué consiste la vida bajo el régimen del Espíritu Santo, la *lex Spiritus*. El Espíritu Santo es nuestro guía interior que nos dirige e ilumina interiormente para que hagamos lo que hace falta; nos impele también a obrar. Viene en ayuda de nuestra flaqueza, puesto que muchas veces no sabemos qué pedir en la oración ni qué hacer. Es cierto que lo sabemos en líneas generales gracias a lo que Cristo enseñó, pero ocurre que en cuanto a actos individuales una acción, de por sí virtuosa, no sea oportuna. Por ejemplo la tranquilidad de la contemplación conviene a una persona, pero no a otra. Es el Espíritu Santo quien debe conducirnos para que nuestros deseos sean convenientes y ventajosos ⁴⁴.

Para los que aman a Dios, Dios convierte todo en bienes ⁴⁵. Por eso San Pablo nos incita a dejarnos guiar por el Espíritu Santo ⁴⁶. La «prudencia del Espíritu» nos aconseja, evalúa y prescribe todo lo que contribuye a nuestro bien espiritual; ella nos conduce a la gloria ⁴⁷.

El hombre carnal no actúa según su ser más profundo; se deja llevar por la concupiscencia que le reduce al estado de esclavo ⁴⁸. En cambio, «los frutos del Espíritu son: caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Contra éstos no hay Ley» (*Gal.* 5, 22-23). En su comentario, muy denso, sobre estos versículos, Tomás explica que el término fruto significa un producto final y delicioso. De esta manera los «frutos» del Espíritu son las obras más perfectas de las virtudes. Están en armonía profunda con lo que Dios ha puesto en nuestra naturaleza, mientras que las obras de la carne se apartan del designio divino de Dios para el hombre ⁴⁹. Para ordenar los diferentes frutos del Espíritu, santo Tomás propone este esquema:

(a) Hay en primer lugar los actos que nos hacen perfectos interiormente. Entre ellos, la caridad ocupa el primer lugar, porque es el movernos hacia nuestro bien. En segundo lugar viene el gozo en el fin alcanzado; el bien amado ya nos basta y nos da un gran

44. *In Rom.*, c. 8, l. 5, n. 684-695.

45. *In Rom.*, c. 8, l. 6, n. 699.

46. *In Gal.*, c. 5, l. 4, n. 308.

47. *In Rom.*, c. 7, l. 1, n. 618.

48. *In Rom.*, c. 7, l. 3, n. 538.

49. *In Gal.*, c. 5, l. 6, n. 328s.

deleite: la paz. Con relación a los males de esta vida, el Espíritu Santo nos da la paciencia y la longanimidad.

(b) Hay después las obras exteriores. Respecto a ellas el Espíritu Santo nos da los frutos de bondad, benignidad, fe, modestia y continencia ⁵⁰.

Bien entendido que la Ley Nueva es el conjunto de las disposiciones que nos ha traído Cristo. Pero lo que es más central, y de lejos lo más importante, es la gracia del Espíritu Santo, que ha sido infundida en el corazón de los hombres y, junto a ella, el Espíritu Santo mismo.

Para terminar esta parte de nuestra comunicación conviene citar algunos textos del *Comentario sobre los Salmos 1-50*, que es la última obra bíblica del Angélico. En su exposición, Tomás insiste sobre el sentido espiritual de este libro de la Sagrada Escritura. Desde luego los *Salmos* han sido compuestos bajo la inspiración del Espíritu Santo que iluminó a los profetas (Introducción al comentario). Tomás compara el Espíritu Santo al sol porque se derrama sobre todos y quiere que todos los hombres lo reciban, a no ser que se sustraigan por malicia ⁵¹. Después de la efusión del Espíritu Santo en los apóstoles, éstos ya no necesitaban echar suertes (como lo habían hecho para la elección de Matías), sino tomaron sus decisiones bajo la inspiración del Espíritu Santo ⁵². Comentado sobre el *Salmo 32*, Tomás escribe que toda la tierra está llena de los bienes espirituales y que el Espíritu Santo invade las almas como un torrente ⁵³ y produce un deleite y un dulzor increíbles. Esta afirmación aparece otra vez en la exposición del *Salmo 45*: como un río mueve las piedras y la arena, el Espíritu Santo mueve los corazones a obrar; lo hace con rapidez, porque sobreviene de golpe. Comentando el *Salmo 44* compara la misión del Espíritu Santo a las cualidades del aceite: el Espíritu Santo está por encima de todo, como el aceite flota sobre los demás licores; derrama su suavidad y su misericordia. Como el aceite se esparce, el Espíritu Santo se comunica. El aceite da calor, el Espíritu Santo nutre y calienta. Como el aceite en nuestras lámparas da luz, el Espíritu Santo ilumina las almas.

50. *Ibid.*, n. 329-333.

51. *Salmo 18*, n. 4.

52. *Salmo 30*, n. 12.

53. *Salmo 32*, n. 5. La comparación del ES con un río impetuoso ocurre igualmente en la *Expositio in ev. Ioan.*, c. 16, l. 4.

Se nota que hay aquí otro registro de explicación que el de la teología científica de la *Suma de teología*. El *Comentario* está directamente ordenado a la meditación y a la vida espiritual.

Quisiera añadir que Tomás introduce el nombre y la persona del Espíritu Santo, incluido en su comentario sobre aquellos pasajes donde no es mencionado o donde aparece la sola palabra espíritu. Por lo visto, consideraba sumamente importante poner de relieve que el orden sobrenatural y la vida cristiana están bajo el signo y la acción del Espíritu Santo. Para llegar a la perfección cristiana hay que vivir en comunión continua con Él y dejarse conducir por Él.

III

En el tratado de la Trinidad de la primera parte de la *Suma de teología* Tomás dedica tres cuestiones a los nombres Espíritu Santo, Amor y Don que designan la Tercera Persona divina⁵⁴. En estas páginas subraya que la palabra «espíritu» significa una fuerza impulsora, como el «amor» igualmente indica lo que mueve e impele⁵⁵. Más adelante, en la cuestión 43, se estudian las misiones de la Personas divinas. La palabra «misión» significa, por un lado, la procesión uno de otro; por otro lado, un nuevo modo de existir en uno⁵⁶. La misión añade un efecto temporal a la procesión.

Una Persona divina es *enviada* en cuanto existe de un modo nuevo en el hombre; es *dada* cuando el hombre la «posee» y puede deleitarse en Ella. Efectivamente, Dios está en las criaturas racionales como el Amado en el amante y como lo Conocido en quién lo conoce. Por eso Dios está en las criaturas racionales como en su templo. Conviene al Espíritu Santo y al Hijo vivir en las almas de los bautizados. Porque el Espíritu Santo es Amor, tiene el carácter de don; así los dones de la gracia son atribuidos a Él⁵⁷. De esta manera la misión del Espíritu Santo implica la inhabitación: con el don de la gracia, viene el Espíritu Santo mismo que asimila el alma a sí.

Una aplicación de la teología de las misiones divinas se encuentra en la Segunda y en la Tercera Parte de la *Suma de Teología*,

54. q. 36, 37 y 38.

55. I 36, 1.

56. I 43, 1.

57. I 43, 5.

donde se trata de los dones del Espíritu Santo. Estos dones nos son necesarios: para alcanzar el tan elevado fin de nuestra vida sobrenatural, no basta el uso normal de la razón, si no se añade la iluminación y el impulso del Espíritu Santo⁵⁸. Los dones del Espíritu Santo son precisamente ciertas disposiciones en nosotros por las que somos habilitados a seguir prontamente las inspiraciones del Espíritu Santo⁵⁹. Estos dones se colocan en la facultades cognitivas y apetitivas que son aptas para recibir la acción divina, es decir en el intelecto especulativo y en el intelecto práctico, así como en la voluntad⁶⁰.

Más adelante, Tomás explica al detalle estos dones. El don de temor filial hace que seamos dóciles a Dios y no nos opongamos a Él⁶¹. El don de sabiduría nos da la rectitud en nuestros juicios; gracias a él juzgamos de acuerdo con lo que piensa y quiere Dios («secundum rationes divinas»), en cuanto nos da una cierta conaturalidad con Dios⁶². Nos hace falta una luz sobrenatural a fin de que penetremos más adelante en lo que la razón natural no puede conocer. Es lo que nos da el don de inteligencia⁶³. El don de ciencia, en cambio, nos ayuda a distinguir lo que pertenece y lo que no pertenece a la fe. Para que podamos llevar a cabo las empresas que hemos empezado y superar las dificultades —algo que es superior a nuestras fuerzas naturales—, recibimos el don de fortaleza: el Espíritu Santo nos infunde confianza y fuerza⁶⁴. Él nos mueve, por el don de piedad, a tener un filial afecto hacia Dios y a rendirle nuestro obsequio religioso⁶⁵. En cuanto al don de consejo, Tomás propone esta explicación: es propio del hombre moverse a hacer una u otra cosa examinando y verificándola. Pero la razón humana no llega a comprender y prever todo lo que puede ocurrir. Por eso necesita ser dirigida por Dios. De hecho, la prudencia es más perfecta cuando es dirigida por el Espíritu Santo⁶⁶.

En la segunda parte de nuestra comunicación hemos llamado la atención sobre algunos pasajes de los comentarios sobre las *Cartas*

58. I-II 68, 2.

59. I-II 68, 3 69, 1: «...si loquamur de beatitudine aeterna ad quam ratio non sufficit, sed in eam inducit Spiritus Sanctus, ad cuius obedientiam et sequelam per dona perficimur».

60. I-II 68, 4.

61. II-II 19, 9.

62. II-II 45, 2.

63. II-II 8, 1.

64. II-II 139, 1.

65. II-II 121, 1.

66. II-II 52, 1-3.

de San Pablo a los Gálatas y a los Romanos, en los que se habla de la Ley Nueva como la Ley del Amor y se describe cómo el Espíritu Santo vive en los bautizados. Para explicar la necesidad de la gracia del Espíritu Santo, Tomás insiste, en la *Suma de Teología I-II*, en el destino final del hombre: el fin de la Ley divina es el de conducir al hombre hacia su destino eterno. Ahora bien, el hombre debe ser capaz de recibir la bienaventuranza eterna, lo que obtiene únicamente por la gracia del Espíritu Santo, por quien es derramada en nosotros la caridad ⁶⁷.

Esta gracia del Espíritu Santo es lo que importa más en la Ley Nueva y que constituye su esencia ⁶⁸. Las enseñanzas y las exhortaciones de los Evangelios nos disponen a esta gracia del Espíritu Santo y a la vida interior con las Personas divinas. De esta manera, se puede decir que el Espíritu Santo es el motor y la fuente de la Ley Nueva y que todos los mandamientos son transformados en una vida de amor.

En la Tercera Parte de la *Suma de Teología* encontramos un estudio de la presencia del Espíritu Santo y de los dones en Cristo ⁶⁹, se describe la obra del Espíritu Santo en la Santísima Virgen y en los Apóstoles. En este contexto Tomás habla de un «*instinctus familiaris*» (una inspiración y un impulso familiar) por el cual los Apóstoles y los santos sentían y sabían lo que debían hacer ⁷⁰. La expresión aparece repetidas veces en las obras de Tomás. Significa una inspiración que es familiar, es decir que es frecuente en la vida de los santos y que está de acuerdo con lo que desean ellos.

Por último Tomás habla de la gracia del Espíritu Santo que nos es comunicada por los sacramentos. El Espíritu Santo nos llena de sus dones, nos da la fuerza de vivir según nuestra vocación cristiana y nos impele a emprender obras muy grandes ⁷¹. Él es el amor que nos arroba de modo que vivamos para las cosas celestiales: «*Spiritus Sanctus est amor nos in caelestia rapiens*» ⁷². Estas explicaciones muestran hasta qué punto Tomás mismo ha experimentado la maravillosa presencia del Paráclito.

67. I-II 98, 1.

68. I-II 106, 1: «*Potissimum in lege Novi Testamenti et in quo tota eius virtus consistit est gratia Spiritus Sancti... et ideo principaliter Lex Nova est ipsa gratia Spiritus Sancti*».

69. III 7.

70. III 25, 3 ad 4.

71. III 41, 2 ad 2.

72. III 57, 1 ad 3.

